LOS ÁNGULOS DE EULER

Camino por la calle Perú en la Manzana de las Luces. Paso por un enorme baldío ocupado por un estacionamiento, y vuelvo al 19 de diciembre de 1952. En lugar del espacio abierto veo una pared y detrás de ella, entrando por la puerta de Perú 222, el patio central y el aula magna de la Facultad de Ciencias Exactas, donde los estudiantes de Ingeniería todavía competimos por el espacio con los de Ciencias. Yo, diecisiete años recién cumplidos y alumno de primer año, estoy en ese patio esperando ser llamado para rendir examen final de Geometría Analítica.

No siento que eso sea ningún mérito, pero soy un chico precoz. A los seis años la maestra de primer grado me echó de la clase porque ya sabía leer y escribir y me mandó al segundo, que en esa época era llamado primero superior. Pasé la escuela primaria con honores, y con poco esfuerzo hice en tres años los cinco del secundario. En 1951 me quedó una materia del quinto año libre que preparé en pocos días y me dediqué muy tranquilo a preparar el ingreso a la universidad. Este año inicié mi carrera en Telecomunicaciones. Estoy muy entusiasmado porque se trata de una carrera nueva —no debe tener más de dos años— y desde chico que arreglo radios. El tío Enrique me llamó cuando supo lo que yo quería estudiar.

—¿Qué querés? ¿Ser empleado de la telefónica? ¡Estudiá Civil como hice yo y no soy empleado de nadie!

Lo pensé y repensé pero me quedé en lo mío. Los ladrillos no me gustan. El caso es que estoy en el patio y bastante nervioso porque el profesor tiene fama de ser un tipo jodido. Dicen que es maricón que al final a mí no me importa, y que suena a los que no asisten a las clases teóricas. Yo fui a las primeras dos clases y después me ocupé de otras cosas. Total no son obligatorias y la facultad no es lo único que me gusta. Pero anoche, estudiando con Miguel, descubrí que cada año tiene un chimento diferente que enseña en las clases teóricas, y que usa para identificar a los que no le van a sus clases. Este año son una cosa que se llama ángulos de Euler que son tres y cada uno se define por una fórmula kilométrica. Parece que lo usan en estudios estelares y en navegación aérea para orientarse con relación a un punto fijo. A mí me da lo mismo porque no pretendo ser piloto de avión, pero a Miguel se lo contó uno que fue a las clases y lo tiene anotado. Lo entendí más o menos, pero las fórmulas son jodidas.

Ahí salió uno que es de Civil pero rendía Analítica y está con cara de bronca.

—¡Me cagó con los ángulos de Euler!

—¿Y esos que son? —pregunta alguien preocupado. Yo estoy cerca y me meto tratando de explicar lo que tampoco entiendo muy bien.

En el aula magna están tomando exámenes de tres geometrías: Proyectiva, Descriptiva y Analítica. No sé ni de que tratan las otras, porque son materias de Ingeniería Civil. Analítica la tenemos en todas las carreras. Pero estos planes de estudio son un poco estúpidos. Los de Civil tienen Descriptiva y Proyectiva en primer año y Analítica en segundo. Para rendir Analítica tenés que haber aprobado las dos. Pero nosotros en Telecomunicaciones debemos de ser más piolas, porque tenemos Analítica en primer año y no necesitamos saber nada de las otras. Hoy estamos todos mezclados y el patio está lleno. Cada tanto sale algún profesor con una lista y llama a unos diez de nosotros para entrar al matadero. Las tres mesas examinadoras funcionan igual: un solo tipo te toma examen. Primero te dan tres ejercicios para resolver y te mandan a sentar arriba en el anfiteatro para que los resuelvas. Después de unos quince minutos te llaman y revisan lo que hiciste. Si no te suenan sobre el pucho te preguntan lo que quieren por el tiempo que se les cante, sin bolilla ni nada, y ahí te ponen una nota y te despachan. Funciona como una línea de montaje pero hoy el porcentaje de rechazos es alto. Ya

salieron seis o siete rezongando contra los ángulos de Euler. Y yo ansioso al lado de la puerta esperando que me llamen, tratando una y otra vez de explicar a los otros ansiosos que mierda son esos ángulos. Las fórmulas continúan siendo un misterio pero de tanto repetir por lo menos entiendo el concepto.

Finalmente llega mi turno y entro en el aula magna. Me dirijo a ese profesor que sé bien quien es pero no me conoce y le entrego mi credencial de estudiante. Alterna su mirada entre mi foto y mi rostro hasta convencerse de que pertenecen al mismo individuo de raza estudiante. Me entrega una hoja con el enunciado de tres ejercicios. Debe ser mimeografiada porque no existen buenos medios de duplicación en pequeñas cantidades. Y me manda allí arriba en el anfiteatro, a unos 30 metros de las mesas donde están los profesores, a resolverlos. Dos filas para arriba otra víctima está resolviendo ejercicios de Geometría Proyectiva. Cuatro filas más abajo hay otro rindiendo no sé qué examen. Y yo aislado con mis ejercicios.

Me atasco en el primer ejercicio sin poder resolverlo, y despacho sin dificultad los otros dos. Vuelvo al primero y no consigo. Con el ceño fruncido y la posición del pensador de Rodin siento que el tiempo se va agotando cuando oigo el grito de un profesor de Proyectiva dirigido en mi dirección:

—¡Usted! ¡No hable!

Miro hacia atrás intrigado. ¿Habrá subido algún otro y yo no me di cuenta?

—¡Es a usted, el que dio vuelta la cabeza! ¡No se haga el idiota!

La injusticia de la situación me deja furioso. La sangre se me sube a la cabeza. Ni el que está arriba ni yo tenemos cualquier conocimiento para compartir. Soy un tipo corpulento y al levantarme parece que tuviera un resorte.

—¡Yo no estaba hablando! —grito con toda la fuerza de mis pulmones y vuelvo a sentarme mirando al hombre con rabia. Ya no tengo ni ganas de resolver el ejercicio que me falta porque estoy seguro del inminente aplazo.

Pasan unos cinco minutos y oigo mi nombre. Bajo para enfrentarme con mi profesor y cuando llego farfullo una declaración de inocencia.

—No se puede tratar así a un profesor —me amonesta.— Veamos lo que hizo.

Comienzo por el maldito primer ejercicio que dejé por la mitad, y mientras me disculpo por no encontrar la solución, ésta aparece clarísima y lo resuelvo en el momento. Paso sin dificultad por los otros dos y quedo expectante.

— Bueno, vamos a ver si estaba o no hablando. ¿Qué son los ángulos de Euler?

El alma se me cae a los pies. Jamás voy a poder decirle las fórmulas pero voy a morir peleando. Explico brevemente lo que son y después, a toda velocidad, el concepto del primero de ellos. Y remato:

—...la formula es...

—No, no hace falta

Me siento valiente y escupo ahora el concepto del segundo ángulo. Y ahí el diálogo se repite. Cuando llego al tercero mi ametralladora verbal está a toda velocidad. Y al llegar al límite de mi conocimiento el profesor me para:

—No estaba hablando. Váyase. Tiene Sobresaliente.